



¡SALVADA!

LA marquesita de Rennedon entró como una bala que atraviesa un cristal, y sin decir una palabra soltó la risa, una risa estrepitosa como la de un mes antes, cuando anunció á su amiga que había engañado á su marido para vengarse, nada más que para vengarse y sólo una vez, porque su marido era ciertamente demasiado simple y demasiado celoso.

La baronesita de Grangerie dejó caer sobre el sofá el libro que estaba leyendo y miró á su amiga, curiosa, con la risa retozando también en los labios.

Al cabo preguntó:

—¿Qué has hecho de nuevo?

—¡Oh! amiguita... Amiguita... Es muy gracioso... muy gracioso... suponte que ya estoy ¡salvada!... ¡Salvada!... ¡Salvada!

—¿Cómo salvada?

—Sí, amiguita, ¡salvada!

—¿De qué?

—¡De mi marido! ¡Salvada! ¡Libertada! ¡Libre!
¡Libre! ¡Libre!

—¿Cómo libre? ¿Para qué?

—Para divorciarme. Sí; ¡el divorcio! ¡He asegurado el divorcio!

—¿Te has divorciado?

—No, mujer; todavía no. ¡Qué tonta eres! Un divorcio no se realiza en tres horas. Pero ya tengo las pruebas... Las pruebas... Pruebas de su engaño... le sorprendí en flagrante delito... ¡Calcula!... En flagrante delito!... ¡Ya le tengo!

—¡Oh! explícamelo. ¿Te burlaba?

—¡Sí!... Es decir, no... Es decir, no y sí... No lo sé. En fin; tengo las pruebas, y esto es lo esencial.

—¿Cómo lo hiciste?

—¿Cómo lo hice?... Ahora verás. ¡Oh! Fui astuta, pero muy astuta. Hacía tres meses que me resultaba cada día más odioso, insoportablemente odioso, brutal, grosero, déspota, innoble. Reflexioné: «Eso no puede seguir así; necesito divorciarme.» Pero ¿cómo? No era muy sencillo. Hice lo posible para que me pegara: no pude conseguirlo. Me contrariaba constantemente obligándome á salir, cuando yo no

quería salir, y á quedarme, cuando no quería quedarme; así me castigaba por mis provocaciones, haciendo insoportable mi existencia, pero sin tocarme á un pelo de la ropa.

Entonces traté de averiguar si tenía queridas. Tenía una, pero tomaba mil precauciones para ir á su casa; y estando en su casa, era imposible sorprenderlos juntos... Adivina lo que hice.

—No lo adivino.

—¡Ah! No lo adivinarías por mucho que pensaras. Rogué á mi hermano que me proporcionase una fotografía de aquella mujer.

—¿De la querida de tu marido?

—Sí. Le costó á Jacobo trescientos francos; el precio de una... conferencia, desde las siete á las doce de la noche con cena y todo; á sesenta francos la hora. La fotografía se la regaló.

—Me parece que la hubiera conseguido más barata valiéndose de una estratagema cualquiera y sin... sin... verse obligado á cargar con el original.

—¡Oh! Es una mujer muy bonita. No le disgustaba eso á Jacobo. Y, además, yo necesitaba detalles de su persona, detalles físicos de su cintura, de su pecho, de su color. ¡Muchos detalles!

—No te comprendo.

—Ya verás. Cuando tuve conocimiento de todo

lo que me hacía falta saber, fuíme á casa de un... ¿cómo le llamaremos?... de un... hombre de negocios... Ya sabes. . Uno de esos que facilitan toda clase de asuntos... Agentes de... de publicidad y de complicidad... Ya entiendes.

—Sí; casi, casi. Bien, ¿y qué le dijiste?

—Le dije, presentando aquel retrato de Clarisa (la de mi marido se llamaba Clarisa): «Caballero, necesito una doncella de labor que se parezca lo más posible á esta fotografía. Que sea bonita, esbelta, elegante y aseada. Pagaré lo que me pidan, aunque me cueste diez mil francos. La necesito para tres meses nada más.»

«Al oirme aquel hombre, quedóse muy sorprendido y me preguntó: «¿La señora quiere una doncella irreprochable?»

«Me ruboricé para responderle. «¿Irreprochable? Irreprochable, sí; que no me robe.»

«Insistió el agente: «¿Y en otro aspecto?»

No me atreví á contestarle, pero hice con la cabeza un movimiento que significaba: no. Al punto comprendí que aquel hombre tenía una sospecha desagradable, y exclamé sin poder contenerme:

«—¡Oh, caballero... es para mi marido... que me burla... que tiene una querida; y pretendo... preten-

do llevarle á casa una mujer tentadora... Ya lo comprenderá usted... para sorprenderle...

»Al oirme, aquel hombre no pudo contener la risa, y en su manera de mirarme comprendí que ya no sospechaba nada horrible; al contrario, me suponía muy astuta. Hubiera jurado yo que aquel hombre diera en aquel instante algo bueno por estrecharme la mano.

»Me dijo:

»—Antes de ocho días procuraré á usted lo que pide, señora. Y si no le sirviera la que vaya, la reemplazaré por otra. Yo respondo en absoluto del éxito, y sólo cobraré cuando se haya conseguido lo que usted se propone. Esta fotografía, ¿es el retrato de la señora en cuestión?

»—Sí, caballero.

»—Una hermosa mujer, de las que parecen delgadas y están llenitas. ¿Qué perfume?»

Al pronto no comprendí, repitiendo la pregunta.

El sonrió, y dijo:

«—Sí, señora; el perfume acostumbrado es muy esencial para reducir á un hombre; porque le despierta recuerdos inconscientes que le predisponen al deseo; el perfume promueve complicaciones vagas y sentimentales en su espíritu, le turba y le acosa recordándole sus placeres. También sería

conveniente saber los manjares que toma con más frecuencia el señor cuando come con su querida, para servírselos el día en que se le prepare la sorpresa. ¡Oh, señora, le tenemos cogido; no se nos escapa!

»Me fuí muy contenta, porque había tenido la fortuna de tropezar con un hombre muy perspicaz.

»A los tres días fué á mi casa una mujer morena, joven, muy hermosa, con expresión á un tiempo modesta y atrevida con aspecto de avispada. Estuvo muy discreta conmigo. Como yo no sabía quién era, la llamaba señorita, y me dijo:

»—La señora puede llamarme Rosa de hoy en adelante.

»Hablamos.

»—¿Ya sabe usted para lo que viene aquí?

»—Lo supongo, señora.

»—Bien, Rosa... Y... ¿lo acepta con gusto?

»—Sí, señora; ya estoy acostumbrada. Es el octavo divorcio en que intervengo.

»—Perfectamente. ¿Qué tiempo calcula usted necesario para... eso?

»—¡Ah! señora: dependerá del temperamento del señor. En cuanto le vea cinco minutos, podré precisar exactamente.

»—Le verá usted en seguida; pero le anticipo que

no es un guapo mozo, ni siquiera un hombre agradable.

»—Eso no me importa, señora; ya he separado á otros muy feos. Lo que sí me importa mucho es conocer el perfume...

»—La verbena.

»—Mejor que mejor, señora; es un perfume que me agrada. ¿Podría decirme la señora si la querida del señor usa camisas de seda?

»—No; de batista, con encajes.

»—Debe ser una persona distinguida. Las camisas de seda se han vulgarizado ya mucho.

»—Es cierto.

»—Bien, señora; voy á empezar mi servicio.

»Así fué; comenzó á servirme como si no hubiera hecho en su vida otra cosa.

»Una hora después llegó mi marido. Rosa ni alzaba siquiera los ojos para mirarle; pero él clavó en ella los suyos, atraído por el perfume de verbena.

»En cuanto estuvo solo conmigo el marqués, me preguntó:

»—¿De dónde ha salido esa moza?

»—Es mi nueva doncella.

»—¿Quién la trajo?

»—Me la recomendó la baronesa de la Grangerie, dándome bonísimos informes.

»—¡Ah, es una hermosa muchacha!

»—¿Te parece?

»—Sí; como doncella es muy hermosa.

»Yo estaba satisfecha; mi marido había picado ya en el anzuelo.

»Aquella misma noche Rosa me dijo:

»—Puedo prometer á la señora que todo se conseguirá en menos de quince días. El señor es muy fácil.

»— ¡Hola! ¿Ya le ha probado?

»— No, señora; pero se advierte al punto. Ya tuvo tentaciones de darme un beso al pasar junto á mí.

»— Pero, ¿no la dijo nada?

»—No, señora; sólo me ha preguntado mi nombre, para saber si mi voz era también agradable.

»—Perfectamente, Rosa. Cuanto más lo apresure, mejor.

»—Descuide la señora. Resistiré nada más el tiempo justo para no desmerecer á sus ojos.

»Al cabo de ocho días, el marqués apenas ponía los pies en la calle. Yo le veía rodar por la casa toda la tarde, y lo más significativo para el asunto era que me dejaba salir á todas horas. Yo estaba fuera casi todo el día para . . . dejándole solo y libre.

»Al noveno día, mientras me desnudaba, Rosa me dijo tímidamente:

»—Ya está, señora. Hoy por la mañana.

»Me sorprendió, y hasta me impresionó un poco, sobre todo por la manera de participármelo. Murmuré:

»—Y... y... ¿quedó satisfecho?

»—Satisfechísimo. Hace tres días que me asediaba, ya de un modo apremiante; pero no quise precipitarlo. La señora me advertirá cuando prepare la sorpresa.

»—Sí, sí. El jueves, ¿podrá ser?

»—El jueves; ya está dicho. Hasta ese día huiré al señor, para que le coja con ganas.

»—¿Está usted segura de no errar el golpe?

»—Segurísima. Prepararé al señor de tal modo, que sucederá en el momento que á la señora le convenga.

»—A las cinco en punto.

»—Bueno; á las cinco en punto. Y ¿en qué sitio?

»—En... mi alcoba.

»—Perfectamente.»

Ya comprenderás lo que hice. Fuí primero á buscar á sus papás, luego á mi tío Orvelín, el magistrado del Supremo, después al juez Raplet, el amigo de mi marido. No les advertí acerca del espectáculo que iban á presenciar. Les rogué que se acercasen, andando de puntillas, hasta la puerta de

mi alcoba. Y á las cinco en punto... ¡Ah! ¡Cómo la-
tía mi corazón! También había hecho subir al por-
tero, para tener un testigo más. Y mientras la cam-
pana del reloj daba las cinco, de pronto abrí la
puerta. ¡Oh! ¡Qué acierto! Estaban en lo más culmi-
nante, hija mía. ¡Si hubieras visto la cara de mi
marido cuando se volvió!... Porque se volvió á mi-
rarnos ¡el imbécil! ¡Ah! Fué un lance divertidísimo.
Yo reía... reía... Papá, enfurecido, quería golpear al
marqués, mientras el portero, siempre sumiso, le
ayudaba á vestirse... delante de nosotros... ¡qué
broma!... Y Rosa, estuvo incomparable... Lloraba...
lloraba perfectamente... Conmovía. Es una mucha-
cha insustituible... Si la necesitaras alguna vez,
acuérdate.

»Aquí me tienes; he venido á participártelo, in-
mediatamente. ¡Ya estoy libre! ¡Viva el divorcio!»

Y se puso á bailar, saltando como loca, mientras
la baronesita murmuraba:

—¿Por qué no me invitaste á ver eso?



LA SEÑORA «BALANCÍN»

HAY recuerdos antiguos que nos obsesionan
de una manera singular sin que logremos
alejarlos.

El que voy á referir es tan viejo, tan viejo, que yo
no sabría explicarme cómo se conservó viva y te-
nazmente arraigado en mi memoria. Desde aquella
fecha, me han impresionado tantos acontecimientos
conmovedores, terribles ó siniestros, que me sor-
prende no poder pasar un día, ni un sólo día, sin
que la figura de la señora *Balancín* se me aparezca,
tal como la conocí entonces, hace mucho tiempo,
cuando yo tenía diez ó doce años.

Era una viejecita, costurera, que iba una vez por
semana—los miércoles—á casa de mis padres para
reparar la ropa. Habitaban mis padres una de esas
residencias campesinas llamadas castillos, y que
sencillamente son caserones antiguos, en torno de